

dencias mutuas. Pero lo más importante para los intereses del autor es, según sus presupuestos metodológicos, el análisis doctrinal de los Símbolos. El libro se centra sobre todo en el ciclo del Espíritu Santo, ya que los Símbolos analizados son de estructura ternaria y, por tanto, portadores de tres ciclos (el de Dios Padre, el de Dios Hijo y el de Dios Espíritu Santo). Muchos son los aspectos teológicos en que se detiene el minucioso estudio de casi palabra por palabra y frase por frase realizado por el autor. Además de resaltar la originalidad y riqueza teológica del Símbolo de S. Gregorio Taumaturgo, verdadero precursor de la pneumatología de los Capadocios, se aprecia que estos Símbolos, sea cual sea su tradición teológica, se enraizan fundamentalmente en la Escritura. El Autor insiste en que la fórmula final de los Símbolos (la creencia en el perdón de los pecados, en la resurrección de la carne, en el bautismo de conversión, en la Iglesia una, santa, católica y apostólica, en la vida eterna) no es una mera cláusula conclusiva del Símbolo, al margen de los tres ciclos trinitarios, sino que, integrándose en el tercer ciclo del Símbolo, expresa la acción santificadora del Espíritu. Algunos de estos Símbolos, como el Armeno Mayor, el Pseudoatanasiano y el *longior* de S. Epifanio llegan incluso a forzar sus expresiones lingüísticas para resaltar el paralelismo del ciclo pneumatológico con el ciclo cristológico.

Este libro supone una importante aportación a la pneumatología contemporánea. Incorporando los datos procedentes de la teología positiva (exégesis bíblica y patrología, sobre todo), conocidos por el autor a partir de la más reciente y autorizada bibliografía, el Prof. Aranda desarrolla sus dotes especulativas «reflexionando» —es éste un término de su agrado— a fondo en la doctrina pneumatológica de la Escritura y de los primeros testimonios patrísticos. Hubiera sido deseable, quizá, un estudio del Símbolo de los Concilios de Nicea y de Constantinopla I. El libro se concluye con abundantes índices que facilitan su lectura.

Alberto VICIANO

Karl. H. PESCHKE, *Ética cristiana. Teología morale alla luce del Vaticano II*. Vol. I: *Teología morale generale*, y vol. II: *Teología morale speciale*, Pontificia Università Urbaniana («Subsida Urbaniana» 21 y 18), Roma 1986, 512 pp. y Roma 1985, 843 pp., 15'5 x 21.

Karl Heinz Pescke, miembro de la Congregación misionera del Verbo Divino, después de realizar estudios teológicos en Alemania y Roma, marchó a Filipinas, donde permaneció hasta 1984; en esta fecha se trasladó a la Pontificia Universidad Urbaniana, de la que ahora es profesor. Durante su docencia en Filipinas publicó, en 1975, un manual de Teología Moral, del que en 1985-1986 aparecieron con-

temporáneamente la quinta edición en inglés y la primera versión en italiano, que es la que ahora comentamos.

Según el subtítulo, la obra aspira a ser una «Teología Moral a la luz do Vaticano II». Quizá hubiera sido más exacto decir «a la luz de los desarrollos doctrinales y teológicos de estos últimos tiempos», ya que el Vaticano II, si bien es citado con frecuencia y tenido debidamente en cuenta, no es, hablando con rigor, la fuente inspiradora de la presente obra. Lo que Peschke ha aspirado a realizar es un manual de Teología Moral actualizado, en el que, en tanto se abordarán la totalidad de los temas usuales en la enseñanza de la Teología moral, desde las cuestiones de fundamentación, hasta los problemas concretos, tanto los conocidos desde antiguo, como los surgidos en la época contemporánea.

El lenguaje es sencillo y claro. Peschke se manifiesta conocedor de la bibliografía reciente, ofreciendo a sus lectores una información en general suficiente tanto de la historia como del estado actual de los diversos problemas. Desde una perspectiva de fondo, se sitúa en continuidad con los manuales clásicos, pero procurando a la vez incorporar la renovación de la teología moral operada a partir del siglo XIX, adoptando para ello una posición inspirada en bastantes puntos Häring, que fue su maestro durante los estudios que realizó en Roma. En la resolución de las cuestiones controvertidas, tiende a adoptar una vía media, actitud lógica, al menos en parte, en un manual que no quiera ser expresión de una escuela concreta, aunque no exenta de límites, como luego tenderemos ocasión de señalar.

El volumen primero, dedicado a la Moral general, se inicia con una presentación de los fundamentos bíblicos de la ética cristiana, no demasiado amplia —unas setenta páginas (pp. 23-94)—; pero suficiente para las necesidades de un manual. Peschke adopta un esquema histórico, analizando primero la enseñanza del Antiguo Testamento, luego el mensaje de Cristo y finalmente la predicación apostólica. En páginas posteriores, tratando de las relaciones entre ley y moralidad, se plantea la cuestión de la especificidad de la moral cristiana: se inclina por la opinión según la cual esa especificidad consiste no tanto en unos contenidos éticos determinados, cuanto más bien en la orientación general o de fondo y en la focalización en la persona de Cristo (pp. 177 ss.). Consecuentemente con ese planteamiento, las páginas destinadas a hablar de los fundamentos bíblicos de la ética terminan con un capítulo (pp. 75 ss.), dedicado a tratar de la motivación del actuar moral según el Nuevo Testamento: la comunión con Dios, la esperanza escatológica, la imitación de Cristo, la filiación divina, la fraternidad.

Concluida así la introducción bíblica, Peschke inicia el estudio de la Moral general propiamente dicha. Analiza ante todo el tema del fin último, con ocasión de cuyo tratado procede a una fundamentación filosófica o teocéntrica de la moral. Después de exponer y criticar algunos intentos equivocados o insuficientes (el utilitarismo, la ética de autoperfeccionamiento o de progreso temporal, la consideración kan-

tiana de la Moral como fin subsistente en sí mismo, la ética de los valores), esboza las líneas generales de una fundamentación acabada: la realidad de Dios, su gloria, su designio salvífico, fundan el imperativo moral ofreciendo a la vez al hombre la realización de su destino; autonomía y heteronomía son así —concluye—superadas en la teonomía (pp. 106 ss.). Este análisis de planteamientos éticos radicales se completa en páginas posteriores, ya dentro del estudio de la ley, mediante una valoración, crítica pero no exenta de simpatías, de la ética de la situación (pp. 225 ss.). Algunos planteamientos más recientes, y concretamente el consecuencialismo, son objeto sólo de una breve alusión (pp. 224-225); lo que no deja de tener implicaciones, como veremos más adelante.

El resto del volumen primero prosigue mediante la exposición de cuestiones clásicas de la Moral general o fundamental: la ley, la conciencia, los actos humanos, el pecado. Un capítulo final trata de la conversión, la virtud y la llamada universal a la santidad, con el intento de concretar la exposición moral con dimensiones y perspectivas cristianas de fondo. Tanto ese deseo como la forma de plasmarlo —es decir, la decisión de situar el actuar moral e el interior de una tensión marcada por la conversión y la llamada a la santidad— nos parecen acertados. No lo es tanto, en cambio, la brevedad del espacio dedicado a hablar de la virtud (sólo una decena de páginas: pp. 461-473), así como la ausencia, en esta parte general, de una consideración específica de las perspectivas sacramentarias (hay sólo una breve alusión al bautismo y a la penitencia, como último punto del apartado dedicado a la conversión, mientras que su estudio específico se reserva para el volumen segundo, es por tanto para la Moral especial, concreción al hablar del culto divino). Virtud y sacramento constituyen, en efecto, a nuestro juicio, puntos de referencia decisivos para un enfoque ético que aspire a superar radicalmente los límites de la casuística deontológica. Pero estas consideraciones afectan no sólo a Peschke sino a otros muchos manuales.

En el volumen segundo, dedicado a la Moral especial, Peschke, de las dos estructuraciones habituales —por virtudes y por mandamientos o por ámbitos o sectores de lo real—, escoge esta última. Comienza por la exposición de la responsabilidad moral en el campo religioso, analizando primero las tres virtudes teologales y después el culto divino. A continuación (pp. 233 hasta el final) estudia la responsabilidad moral con relación al mundo creado: amor fraterno y justicia, la familia y la sociedad, la vida física y la salud, la sexualidad y el matrimonio, el trabajo y la propiedad, la verdad, la fidelidad y el honor. La exposición de los diversos temas mantiene las características generales antes señaladas. Digamos sólo que la preocupación por un planteamiento actualizado de las cuestiones, aún estando siempre presente, se realiza de forma diversa según los casos: así, por ejemplo, la exposición referente al trabajo y a la propiedad es deudora de literatura proveniente en su mayoría de los años 50 y 60, mientras que la referente a las cuestiones matrimoniales y sexuales está mucho más día, con un claro influjo de la literatura anglosajona, y en particular

la norteamericana, sea en la terminología, sea en la forma misma de describir y abordar los problemas, cosa por lo demás no extraña dada la larga permanencia de Peschke en Filipinas y las amplias relaciones entre Estados Unidos y esa nación asiática.

Es, por desgracia, en esas materias donde Peschke ofrece diversas soluciones que resultan discutibles, junto a otras —conviene decirlo— muy acertadas. Las páginas a tratar del noviazgo y de las relaciones prematrimoniales son atinadas, mientras que cuando considera en general el *petting* o caricias profundas (pp. 546 ss.) se mantiene a un nivel de indeterminación que, a nuestro parecer, no resulta satisfactorio. En otras páginas acepta la licitud, en algunos casos, del aborto terapéutico (pp. 478 ss.) y la de la fecundación artificial homóloga así como de la masturbación provocada con vistas a esa fecundación (pp. 635 ss.), puntos éstos últimos en los que la reciente Instrucción de la Congregación para la Doctrina de la Fe —posterior al libro de Peschke— ha adoptado una posición contraria.

Cabe ver en estos ejemplos, y en algún otro que podría ponerse, una manifestación de esos límites que la tendencia a una vía media trae consigo, sobre todo cuanto opera en un ambiente intelectual tenso o fuertemente dividido. Más radicalmente, a nuestro parecer derivan de esa insuficiente discusión sobre el consecuencialismo a la que antes aludíamos. El consecuencialismo aparece en efecto en la obra de Peschke no sólo en las páginas antes citadas, sino también en las destinadas a hablar del principio de doble efecto (vol. 1, pp. 371 ss.) donde, a fin de cuentas, resulta aceptado. El autor expone, en efecto, la historia de la enunciación de ese principio, la formulación que recibe en los moralistas de hace unos decenios y las discusiones actuales, para concluir que, al menos en casos extremos, cabe considerar lícitos actos en los que el efecto malo sea no sólo previsto, e indirectamente permitido al querer el efecto bueno, sino directamente querido y buscado, siempre y cuando la intención sea buena y existan causas suficientemente graves. El sentido de moderación que Peschke manifiesta a lo largo de toda la obra, hace que no lleve a su extremo las implicaciones de esa afirmación, pero objetivamente supone un replanteamiento radical: equivale, como decíamos hace un instante, a admitir el principio mismo de consecuencialismo, con todo lo que de ahí deriva. Merecería la pena que el autor repensara a fondo esta temática para conseguir una obra que mantuviera en todo momento el buen nivel que tienen ya ahora muchas de sus páginas.

José Luis ILLANES

A. RODRÍGUEZ LUÑO - R. LÓPEZ MONDÉJAR, *La fecundación «in vitro»*, Eds. Palabra, Madrid 1986, 184 pp., 13,5 x 21,5.

A. Rodríguez Luño —Prof. de ética filosófica en el Instituto Juan Pablo II (Pontificia Universidad de Letrán-Roma) y de fundamentos